

Capítulo 11. Carta N°11.



Escribirle a usted, querida amiga, es agradable. Otros, a quienes les cuento esta historia de la castración, se enfadan conmigo, me censuran y reaccionan como si fuese yo el culpable del pecado original y de la maldición que, desde entonces, pesa sobre nosotros. Usted, sin embargo, encuentra inmediatamente un paralelo en el mito de la creación, y la costilla de Adán, de la cual sale Eva, es para usted el órgano genital masculino. Tiene usted razón, y me alegro de ello.

¿Me permite usted, con todo, que le llame la atención sobre algunos pequeñísimos detalles? En primer lugar, las costillas son duras y rígidas. No es, pues, el pene sin más el que da origen a la mujer, sino el falo erecto, duro, casi huesudo, del placer. El placer venéreo es considerado por los hombres como malo, como punible. Al placer venéreo sigue el castigo de la castración. El placer venéreo, pues, saca del varón a la hembra.

Haga usted una pausa en la lectura, discípula amada, y sueñe despierta un poco sobre todo lo que ha significado para el género humano y su desarrollo el hecho de sentir y sufrir como un pecado al instinto más fuerte, a un instinto indomable, al que la voluntad consigue reprimir, pero jamás aniquilar. Piense usted lo que significa cubrir de vergüenza y de desprecio a un fenómeno de la Naturaleza como es el de la erección. De la represión, de la coacción a reprimir esto y aquello, ha nacido el mundo en que vivimos.

¿Me permite que le ayude un poco más? Lo que es reprimido es expulsado de su lugar, se le transforma y reaparece luego en símbolos: el derroche se convierte en diarrea; el ahorro, en estreñimiento; los deseos de parir, en dolor de vientre; el acto sexual se transforma en baile, en melodía, en drama, se desarrolla a la vista de todos en la iglesia, con sobresaliente e icónica torre y misterioso seno materno en figura de bóveda, en tender de la locomotora y en el ritmo retumbante del compresor que perfora el asfalto, o en el rítmico compás del hacha del leñador. Preste usted oído al timbre de las voces, a las subidas y bajadas del tono, a la hermosura de la articulación en lenguaje, verá cómo todo esto le da una entrañable sensación de bienestar, como le excita suave e imperceptiblemente. Escuche usted las profundidades de su alma y niegue usted, atreva a negar que todo lo que es bueno no es símbolo de cuerpos humanos que bogan por el inmenso piélago del amor. Y todo lo que es malo, también. ¿En que viene a parar la represión de la erección, de ese impulso hacia arriba amenazado con el anatema de la castración? ¿El hombre se levanta contra el cielo, yergue su cabeza, toma posición erecta sobre sus pies y extiende su mirada por el mundo, abarca, con su cerebro pensante, todo lo que es, crece, crece más, y se mantiene de pie! ¡Mira, oh amor, el hombre se convirtió en hombre y en señor por medio de la represión y del símbolo! ¿No es esto hermoso?

Al Ello y su secreto pensar puede uno admirarlo, o temerlo, o reírse de él. Pero lo importante es la mezcla de estos tres sentimientos. Quien consigue armonizarlos, a ése se le amaré, porque es digno de amor.

Pero, ¿cómo es que el hombre percibe el hecho de la erección como un pecado, y que siente confusamente en su interior: ahora te vas a convertir en mujer, ahora te van a hacer el agujero en la barriga? Algunas cosas sabe ya uno acerca del alma humana, otras cosas las puede aún aprender, muchas no llegará a pensarlas ni siquiera con mediana claridad, pero dos cosas le puedo decir a usted. Una de ellas la vivimos juntos los dos y nos puso alegres y risueños.

Habíamos tenido un hermoso día, había calentado el sol y el bosque estaba verde, los pájaros habían cantado y en el tilo zumbaban las abejas. Penetrados de la frescura del mundo, llegamos precisamente a casa al tiempo de meter a su niño en la cama. Entonces se me ocurrió preguntarle: “¿con quien te casarás?”. El le echó los brazos al cuello, la besó a usted y dijo: “Con mamá, sólo con mamá”. Jamás antes ni después

volví a oír una declaración de amor en un tono semejante. Y en los ojos de usted apareció, de repente el suave velo de la dicha, de una dicha todo entrega. Así es con todos los niños: aman a su madre no pura, infantil, inconscientemente, si no con pasión, penetrados de sensualidad, con toda la fuerza de un amor sexual y apasionado; pues, ¿qué es la sensualidad de las personas mayores comparada con la de los niños? Este encendido amor, que tiene un fundamento bien sólido en la satisfacción corporal mutua y continuada durante años entre madre e hijo, se resuelve en conciencia de culpa y temor bajo el influjo de la ley y la costumbre y ante las sombras que arroja la mala conciencia sobre el rostro de la madre, ante su mentira e hipocresía, y, como consecuencia, detrás de su pasión brilla la hoja de un cuchillo que habrá de cortarle al pequeño sus propias armas para hacer el amor. Edipo.

Hay pueblos que permiten el matrimonio entre hermano y hermana, hay pueblos cuyas costumbres entregan la hija, ya madura, a su padre antes de que la toque el esposo. Pero jamás, mientras el mundo existe, se le permite a un hijo dormir con su madre. El incesto con la madre es considerado el mayor de todos los crímenes, mayor que el parricidio, es el pecado los pecados, el pecado por excelencia. ¿Por qué es esto así? Intente dar usted una respuesta, amiga; quizá la mujer sabe más a este respecto que el hombre.

Así, pues, lo primero es esto: como cada erección es, según las leyes de la transferencia y sin excepción, una erección que tiene por objeto a la madre, por eso va acompañada del temor a ser castrado. Con el miembro que tú pecas, en él serás castigado: la mujer es castigada con cáncer de pecho y con cáncer de útero porque pecó con los pechos y con el bajo vientre; el hombre es castigado con heridas, sangre y locura, porque causó heridas y pensó el mal. Además, cada uno es atormentado con el fantasma de la castración.

Lo segundo no es más que una experiencia: a cada erección le sigue el relajamiento

¿y no es esto una castración? Este relajamiento es una castración natural y una simbólica fuente de temor.

¿No es extraño que los hombres hablen siempre de que, a través del placer venéreo, puede uno destruirse a sí mismo? Y, en realidad la naturaleza ha creado con la advertencia simbólica del relajamiento una barrera infranqueable hacia toda clase de disipación. ¿No serán esos comentarios únicamente miedo que procede del complejo de Edipo, o temor masturbatorio, o cualquier otra rareza del alma humana, o, quizá, incluso envidia? ¿La envidia del impotente, la del solitario, la del padre para con el hijo, la de toda madre frente a su hija, la de los viejos frente a los jóvenes!

Yo quería propiamente hablar de la creación de Eva de la costilla de Adán y resulta que me he sentido demasiado cuestiones adyacentes. Tenga usted bien en cuenta: Adán al principio, estaba solo. Para que del blando trozo de carne que lo distinguirá más tarde de la mujer se llegue a formar una dura costilla es necesario que la pasión que ha de dar origen a la erección de su miembro sea narcisista, sea un enamoramiento de sí mismo. Y la creación de la mujer, el hecho de cortarle la costilla a Adán, de modo que aparece la herida de la mujer, no es sino, en última instancia, la castración como castigo de la masturbación. Pues Adán, narcisista, alcanza el placer venéreo por sí mismo, es el mismo quien se encarga de convertir la carne en costilla. ¿Como podría el hombre, que, de antemano, tiene el pensamiento: la masturbación es punible, escoger y temer otro castigo que el de la castración, pues a cada acto masturbatorio lo sigue con necesidad el relajamiento?

Hasta aquí la cosa está medianamente clara. Pero ahora queda la pregunta: ¿Por qué ve el hombre en la masturbación un pecado? Al menos una semirespuesta se puede encontrar fácilmente a esto. Imagínes usted a un pequeño lactante. Lo primero es que tiene que ir conociéndose a sí mismo, tocar todo lo que sea tocable, jugar con todo lo que le pertenece, con sus orejas, con su nariz, con sus deditos, con los dedos de los pies.

¿Habrá de excluir a esa pequeña borla que le cuelga de la barriguita de su curiosidad y de sus juegos acaso por innata moralidad? Sin duda que no. Pero ¿qué es lo que acontece cuando juega? Todo lo que sea jugar con la oreja, con la nariz, con los dedos de los pies y de las manos es contemplado y corroborado con entusiasmo por la madre. Pero en cuanto la mano del niño pasa a jugar a la entrepierna, viene una mano mucho mayor, una mano que la enorme capacidad mitificadora del niño convierte inmediatamente en la mano de Dios, y retira su pequeña manecita de tan peligroso lugar. Además, tal vez, seguro, incluso, el rostro de esa persona con la mano grande, el rostro de la madre, pues, presenta un aspecto serio, de angustia, de culpabilidad. Cuán profunda sabe ser la conmoción del niño, cuan monstruosa la impresión al

comprobar que siempre en este caso, sólo en este caso, aparece la mano de Dios impidiendo la acción. Y todo esto acontece en una edad en que el niño todavía no habla, y que no sólo no habla, sino que ni siquiera entiende lo que le dicen. Ello se le queda en las profundidades más profundas del alma, se le graba más profundamente aunque que el hablar, el andar, el masticar; más profundamente aún que las imágenes del sol y la luna, de lo redondo y lo picudo, del padre y la madre; se le graba el mandamiento: No debes jugar con tus partes genitales. E inmediatamente se origina la idea: Todo placer es malo. Y tal vez la experiencia le enseña: Si juegas con el miembrecito te quitarán alguna cosa. A lo que, necesariamente, se le asocia la idea: no sólo la manita, también el rabito te lo van a quitar. Nosotros no sabemos nada del niño, no sabemos hasta qué punto tiene ya desarrollada su personalidad, sí nace con la sensación: la mano y la pierna son míos, o este conocimiento es adquirido. ¿Posee el niño desde el principio conciencia del Yo; es decir, se siente diferente y separado de su entorno? No lo sabemos, lo único que sabemos es que es bastante tarde, allá hacía los tres años, cuando comienza a utilizar la palabra Yo. ¿Es excesivamente osado el suponer que el niño originariamente se considera ajeno a sí mismo, que se considera como otro, que Juanito no dice: “yo quiero beber”, sino más bien: “Juanito quiere beber”? Nosotros, los hombres, somos imbéciles al no atrevernos a plantear tales preguntas sólo por el hecho de que nuestros padres nos prohibían preguntar demasiado.

Por lo que al mito de la creación respecta hay todavía una dificultad sobre la que no quisiera dejar de llamar la atención. Nosotros dos interpretamos la formación de la mujer a partir de la costilla del varón como transformación del hombre en mujer a base de un proceso de castración. Pero, en este caso, nuestro pensar racional exige la existencia de dos Adanes, uno, que sigue siendo Adán, y otro que se convierte en Eva. Pero esto es sólo una objeción típicamente racionalista. Pues, ¿habría sido jamás ocasión de escándalo para la poesía el hacer de una persona dos, o de dos personas una? La esencia del drama consiste precisamente en eso, en que el dramaturgo se divide a sí mismo en dos y hasta, si es necesario, en 20 personas. Nuestros sueños proceden de la misma manera, todo hombre hace lo mismo. Pues el hombre percibe de su entorno únicamente aquello que él mismo es; es decir, el hombre se proyecta de continuo en las cosas. Así es la vida y así debe ser. El Ello lo decide.

Perdón, ya sé que usted no le gustan estas filosofías. Y quizá tiene usted razón.

Volvamos, pues, al reino de los así llamados hechos.

No es bueno que el hombre esté sólo, le voy a dar una compañera, dice Dios, el Señor, y da la vida a un ser que allí donde el hombre tiene un apéndice posee ella una agujero, y que allí donde él está liso y plano, posee ella dos abovedados pechos. Esto es, pues, lo esencial en su cometido de compañera. Es el mismo pensamiento del niño: Para nacer es necesario que, quitándole a Adán la costilla, se convierta en Eva. ¿No es digna de consideración la coincidencia existente entre el alma popular y el alma infantil? Si usted quiere, podemos investigar las historias y los mitos, los estilos de construcción y los descubrimientos técnicos de los pueblos; tal vez encontremos bastante material infantil en todo ello. Y esto no carecería de importancia; nos haría paciente para con los niños, de quienes Cristo dijo: suyo es el reino de los cielos. Sí, hasta tal vez podríamos recobrar nuestra capacidad de admiración en nuestro siglo malthusiano.

Pero preste usted atención a la palabra compañera. No se dice ni una palabra de que el hombre sea transformado en toda su esencia y en su finalidad. El permanece el mismo, a pesar de la castración, sigue siendo un ser centrado sobre sí mismo, que ama a sí mismo, que busca y encuentra su propio placer. A lo que, con su costilla, ha dado origen, no es sino alguien que le ayuda, alguien que le permite llevar una parte de su placer a otro sitio que no sea su propio cuerpo. El instinto que le lleva a la autosatisfacción sigue en pie, el pene no ha desaparecido, está ahí todavía. Adán no ha cambiado, sigue, como antes, bajo la necesidad de procurarse placer a sí mismo. Esto es muy singular.

¿Pero cómo? ¿Resulta que no es posible lo que sabios y necios no dejan de repetir, a saber, que la masturbación es un sucedáneo de la unión carnal, que se origina por falta del objeto adecuado, que aparece por qué el hombre no tiene una mujer a mano y, por eso, se ayuda a sí mismo como puede? ¿Todo esto ha de ser falso? Considere usted los hechos. El pequeño, el recién nacido, se masturba; el miembrecito que madura, en la pubertad, se masturba de nuevo y -cosa rara- el anciano y la anciana vuelven a hacer lo mismo. Y entre la infancia y la vejez hay una edad en que, a menudo, desaparecen los procesos masturbatorios y aparece el tráfico carnal con otras personas. ¿Habrá de considerarse a la masturbación como sucedáneo del coito? ¿Y

no es así que, como dice la Biblia, el comercio carnal no es sino, como la mujer, compañía y ayuda?

Sí, querida amiga, así es, en efecto. Es realmente así que los actos masturbatorios continúan tranquilamente, a pesar de amor y matrimonio, al margen de estos, que jamás desaparecen, que están siempre presentes y duran hasta la muerte. Traté de profundizar usted en sus recuerdos, no dejará de encontrar la prueba en muchos días y muchas noches, en las horas de amor con su marido y en la vida de su fantasía. Y si usted la encuentra, se le abrirán los ojos a mil foráneos que oscura o claramente dejar entrever su relación, su dependencia, del otro gran fenómeno de la masturbación. Y en adelante se cuidará de tachar a la masturbación de antinatural y viciosa, aun cuando no llegue a conseguir considerarla cómo a la madre y creadora de todo lo bueno. Pues para conseguir esto debería usted sobreponerse a la mano de Dios, a la mano de la madre, a la mano que siempre interrumpiera su agradable entretenimiento. Y sobreponerse a ella, sobreponerse interiormente, esto no lo consigue nadie.

Con todo cariño,

PATRIK TROLL

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 25-ex-51